

Anne Applebaum

Europa después de Estados Unidos

legrandcontinent, 30 de mayo de 2026.

Una catástrofe similar a las que vivió Europa en el siglo XX podría estar a punto de repetirse. Desde 1945, varias generaciones de europeos han trabajado sin descanso para evitarlo. Han escrito libros de historia y erigido monumentos. También han trabajado para reorganizar sus sociedades. Mientras los austriacos reconstruían Viena, y en otros lugares se reconstruían París y Berlín, no se contentaron con reconstruir sus ciudades tal y como eran. Rodeados de ruinas, decidieron construir algo radicalmente nuevo: un conjunto de instituciones destinadas a promover la democracia liberal, el Estado de derecho, la cooperación entre Estados, la integración económica y, a la larga, un mercado único para el comercio.

El objetivo de estas instituciones era garantizar la prosperidad e impedir el resurgimiento de las ambiciones imperiales y genocidas que causaron tantos estragos en el continente. En lugar de retomar las antiguas rivalidades, un sistema proteccionista y ejércitos dispuestos a entrar en guerra, los europeos crearon la Unión Europea, así como otras organizaciones que los unen entre sí y con el mundo a través del comercio, los intercambios, la libre circulación y la diplomacia.

El resultado de ese proceso es un logro sin precedentes y sin parangón en ninguna otra parte del mundo. Gracias a los esfuerzos de esa generación de la posguerra, Europa es más segura, más rica y más pacífica que nunca antes en su historia. Los países europeos gozan también de mayor soberanía. Gracias a ocho décadas de disuasión colectiva, los europeos han podido desarrollar sus propias culturas nacionales en un marco de paz, en lugar de una guerra perpetua. Gracias a la Unión Europea, los europeos pueden preservar su arte, su literatura y su arquitectura. A través de un conjunto de tratados y acuerdos, los europeos también han construido regímenes democráticos que protegen la libertad individual y los derechos de los ciudadanos.

Sin embargo, este éxito tiene su reverso. Al ver que estas instituciones funcionaban tan bien, poco a poco se ha olvidado que son fruto de un trabajo incansable y de difíciles compromisos. Se han tomado como algo natural, como simples «sistemas burocráticos» surgidos de forma espontánea. Tras ochenta años de paz, nada más fácil que dar por sentadas las leyes y normas que la garantizan.

Estas instituciones se ven ahora amenazadas desde dentro, es decir, desde nuestras propias sociedades. Por toda Europa y Norteamérica, textos descartados, conceptos olvidados y teorías enterradas están volviendo a ponerse de moda gracias a personas que no recuerdan por qué, tres generaciones antes, se había decidido finalmente deshacerse de ellos.

Muchos adoptan ahora actitudes que se creían superadas con respecto a la democracia parlamentaria y expresan el mismo desprecio por el sistema

electoral que mostraban los autócratas del siglo XX. Lenin veía en los parlamentos el símbolo de la «democracia burguesa»; Hitler calificaba la democracia parlamentaria como «uno de los síntomas más graves del declive humano». Cuando oigas a los responsables políticos europeos hablar de una «degeneración» de la democracia o de la «debilidad» del liberalismo, recuerda cómo se utilizaban esas mismas palabras en la década de 1930 por grupos que, sin embargo, se autodenominaban simplemente de derecha y de izquierda.

Hay quienes desentierran viejos tópicos políticos, como por ejemplo la idea de que sería imposible alcanzar un consenso y que habría que sustituirlo por distinciones existenciales, potencialmente violentas, entre «amigos» y «enemigos». Probablemente ni siquiera saben que esta idea proviene del filósofo alemán Carl Schmitt, *Kronjurista* del Tercer Reich, quien relegaba la política liberal al rango de «simulacro».

No son las únicas ideas que han resurgido. El nacionalismo étnico, por ejemplo, la creencia de que las naciones son mejores cuanto más puras son — sea cual sea la definición que se le dé a esa pureza—, ha vuelto. Lo mismo ocurre con la teocracia o el dominionismo, según el cual las únicas sociedades válidas son aquellas gobernadas por la Iglesia. También se está imponiendo, de forma discreta, una visión del Estado que confiere todo el poder a un líder o a un partido y que, por definición, rechaza cualquier crítica, incluso cuando viola los derechos de sus súbditos.

La desvalorización de los derechos humanos, considerados como una muestra de debilidad y sentimentalismo excesivo, es una idea muy antigua. Ya hemos vivido este intento de sustituir la información contrastada por propaganda, al igual que el establecimiento de un control y una manipulación del acceso a la información. Del mismo modo, no hace falta remontarse muy atrás en la historia para recordar que la designación de chivos expiatorios, esos grupos minoritarios a los que se considera responsables de las dificultades económicas y sociales, es una táctica política bien conocida.

Se trata de prácticas heredadas de la historia europea. Pero también son adoptadas por actores ajenos a Europa.

La guerra de Rusia en Europa

Es el caso de los rusos, en la propaganda que utilizan para justificar sus ataques militares, cibernéticos e híbridos contra nuestro continente. La guerra de Rusia contra Ucrania se presenta a veces, incluso por parte del vicepresidente estadounidense y aún recientemente, como una simple disputa territorial, un litigio sobre líneas trazadas en un mapa. Pero cuando Rusia niega que Ucrania sea una verdadera nación, cuando Rusia construye campos de concentración en el territorio ucraniano ocupado, cuando Rusia prohíbe la lengua ucraniana y detiene sistemáticamente a alcaldes, profesores, periodistas y sacerdotes, entonces también está atacando a Europa, aquella que se construyó después de 1945, aquella cuyas fronteras no deben modificarse por la fuerza. Rusia ha invadido Ucrania no solo para destruirla,

sino también para demostrar que los tratados no tienen ningún sentido, que las alianzas son frágiles y que la fuerza bruta siempre decide el destino de las naciones. Al librar una guerra de conquista, Putin busca socavar el orden europeo posimperial. En este sentido, el ataque ruso contra Ucrania es también un ataque contra la Unión Europea.

Los europeos pueden seguir creyendo que la Unión no es más que un conjunto de inconvenientes burocráticos. Los rusos, por su parte, nunca se lo han creído. Al contrario, el presidente ruso comprendió hace tiempo que, cuando está unida, Europa puede resistir su influencia y sus intentos de corrupción. Es cuando están divididos cuando los europeos aceptan más fácilmente sobornos que pueden colocarlos en una situación de subordinación o dependencia. Por eso, desde hace ya dos décadas, los propagandistas rusos denigran a la Unión, se burlan de sus instituciones y, haciendo eco de algunos europeos, la describen como decadente, dividida, víctima de su exceso de regulaciones, o incluso condenada.

La política exterior rusa no se limita a simples palabras o memes. Busca activamente sembrar el caos y la división. Hace unos meses, agentes a sueldo de Rusia colocaron explosivos en una línea ferroviaria polaca, con el claro objetivo de causar víctimas. Se han utilizado drones rusos para perturbar el tráfico en aeropuertos de toda Europa. Asesinos rusos han matado, por orden, a personas en Gran Bretaña, Alemania y España.

La victoria en las elecciones de partidos políticos y líderes europeos financiados con fondos rusos entraña el riesgo de mermar la capacidad de Europa para defender su propio territorio. De ahí el apoyo prestado por los rusos a los partidos políticos antieuropeos, así como a los movimientos separatistas. Rusia quiere sustituir la Europa del Estado de derecho por una Europa vulnerable a la cleptocracia: una Europa en la que cada país pueda ser sometido a presiones, amenazado y comprado.

Una nueva amenaza

Hace dos o tres años, aún se habría podido insistir en la necesidad de que los dirigentes europeos y estadounidenses colaboraran para hacer frente a las amenazas militares e ideológicas de Rusia y defender juntos la democracia liberal y el Estado de derecho. Pero Estados Unidos, bajo la administración de Trump, ya no está interesado en liderar coaliciones democráticas, ya sea contra Rusia o contra otros países. La democracia ya no ocupa, por otra parte, un lugar central en la política exterior estadounidense, ni siquiera en la identidad de Estados Unidos. Por el contrario, Donald Trump ha comenzado a alinear las políticas exteriores e interiores de Estados Unidos con los valores y las prácticas del mundo autocrático, incluidas las de Rusia.

Este cambio radical se hace especialmente patente en las políticas internas de Trump, en la supresión de la financiación de USAID o de Radio Free Europe, instituciones estadounidenses que en el pasado promovían la democracia en

todo el mundo. Pero también es evidente en su relación con los aliados históricos de Washington. Desde sus primeros días en el poder, el presidente estadounidense ha atacado a Canadá, a la Unión Europea y a los socios asiáticos de Estados Unidos, imponiéndoles aranceles inexplicablemente elevados. Ha reprendido al presidente ucraniano en el Despacho Oval, ha amenazado con anexionar Groenlandia por la fuerza, ha afirmado que la Unión Europea se creó para «joder» a Estados Unidos y, más recientemente, ha hecho suyos los elementos de la propaganda de Putin al calificar a la OTAN de «tigre de papel». Rompiendo con todas las administraciones de la posguerra, Trump ha negociado con Rusia, no para instaurar una paz justa en Ucrania ni para garantizar la seguridad de Europa, sino para ayudar a las empresas estadounidenses a sacar provecho de un posible levantamiento de las sanciones.

Al igual que los rusos, y al igual que los detractores europeos de la democracia, algunos miembros de la administración de Trump se han lanzado ellos mismos a la guerra de ideas. En un [discurso](#) pronunciado en Múnich el pasado mes de febrero, el secretario de Estado estadounidense, Marco Rubio, declaró que Estados Unidos y Europa no estaban unidos por valores, ni por un compromiso con la democracia, sino por «la fe cristiana, la cultura, el legado, la lengua, la ascendencia» —por la sangre, la tierra, el ADN y el pasado lejano, en otras palabras, y no por el presente o el futuro. Aunque el discurso consistió, por lo demás, en un elogio a Dante, Shakespeare, Mozart o las «bóvedas de la Capilla Sixtina», Rubio, al igual que Putin, condenó la Europa que conocemos hoy calificándola de continente sumergido por los migrantes, carcomido por la delincuencia y la decadencia.

Más recientemente, el vicepresidente J. D. Vance, en un discurso pronunciado [en Budapest](#), también elogió la arquitectura europea, sin dejar de criticar a los «[burócratas](#) sin rostro» de la Unión. Llegó incluso a acusarlos de injerencia en las elecciones húngaras, cuando su intervención se inscribía precisamente en el marco de un mitin de campaña del primer ministro húngaro, ahora destituido, Viktor Orbán.

Estos dos discursos no son casos aislados. Reflejan la política de la administración de Trump, tal y como se expone en la [Estrategia de Seguridad Nacional](#) publicada a finales de 2025. Este documento preveía claramente que Estados Unidos, aunque ya no interviene para promover la democracia en todo el mundo, sí tiene la responsabilidad de «ayudar a Europa a corregir su trayectoria actual», cuyo objetivo es inequívoco: impedir la «desaparición civilizacional» de Europa.

Según varias investigaciones, una versión anterior del documento era aún más precisa. En ella se instaba específicamente a las instituciones diplomáticas y de seguridad estadounidenses a apoyar a las fuerzas iliberales en cuatro países europeos — Hungría, Polonia, Italia y Austria— con el objetivo explícito de persuadirlas de que [abandonaran](#) la Unión Europea, a riesgo de provocar una catástrofe económica, tal y como lo fue el Brexit para Gran Bretaña. El resto de Europa se vería debilitado y sería menos capaz de contrarrestar la guerra híbrida rusa o, peor aún, un ataque militar. Una Europa gravemente mermada

se vería incapaz de competir en un mundo dominado por Estados Unidos y China, perdiendo así su soberanía. Europa se volvería más pobre y más débil, al igual que Hungría se ha vuelto más pobre y más débil bajo el régimen de Orbán.

Esta política ya está surtiendo efecto. Rompiendo con una larga tradición, Rubio, Vance y el propio Trump han apoyado abiertamente a Orbán, el político que más que nadie ha tratado de destruir la unidad europea, que ha respaldado los intereses rusos y, al mismo tiempo, ha empobrecido a su país. Su campaña electoral se basó en una satanización abierta, tanto de la Unión como de los ucranianos, a quienes señaló como chivos expiatorios y enemigos existenciales de la nación húngara. Se trataba de desviar la atención de los húngaros de su propia corrupción, utilizando tácticas sacadas directamente de los viejos libros de historia. Unas semanas antes de las elecciones, se veían en Budapest carteles que representaban tres rostros sombríos y amenazantes: Volodimir Zelenski, Péter Magyar y Ursula Von der Leyen. El eslogan decía: «Ellos representan un riesgo. Fidesz es la elección segura». Como es sabido, esto resultó demasiado ridículo y conspirativo para el pueblo húngaro, que votó en contra del partido.

Pero la administración de Trump apoyó a Orbán hasta el final. Su objetivo era, en parte, interno: Vance hace campaña a favor de Orbán en nombre de su público nacional, que desde hace tiempo ha aceptado los mismos falsos prejuicios sobre Europa y Ucrania que los que escuchamos de boca de los propagandistas rusos. Pero, sobre todo, esto encubre intereses comerciales mucho más importantes. Al igual que sus compatriotas de Silicon Valley, Vance ofrece su apoyo a líderes políticos con un programa explícitamente anti-Unión precisamente porque, al igual que los rusos, desea debilitar o destruir la Unión Europea.

Aunque las motivaciones de Rusia y Estados Unidos difieren, tanto Rusia como Estados Unidos se preocupan por la ideología y defienden sus intereses comerciales. Vance, al igual que Elon Musk o Mark Zuckerberg, sabe que la Comisión Europea es la única instancia en el mundo con el poder suficiente para regular las plataformas digitales, exigirles que actúen con transparencia e insistir en que el poder privado se someta a normas públicas. En una entrevista de enero de 2025, Mark Zuckerberg declaró, por ejemplo, que se sentía «optimista» respecto a la posibilidad de que el presidente Donald Trump interviniera para impedir que la Unión aplicara sus propias leyes antimonopolio: «Creo que simplemente quiere que Estados Unidos gane» (*).

Reinterpretar viejas ideas

¿A dónde nos lleva esto, aquí, en Europa?

Por un lado, nos enfrentamos a un régimen ruso rearmado y radicalizado que ya recurre al sabotaje, la propaganda y las amenazas militares para influir en la política europea.

Por otro lado, nos enfrentamos a una administración estadounidense que se está radicalizando, hasta el punto de definir a nuestras sociedades como un enemigo civilizacional.

Por motivos distintos, ambos albergan la esperanza de que Europa se debilite y se fragmente. Ambos anhelan una Europa menos independiente y menos capaz de actuar en la escena internacional. Los rusos quieren una Europa incapaz de defenderse militarmente. Los estadounidenses quieren una Europa totalmente dependiente de las tecnologías estadounidenses y, por lo tanto, susceptible de quedar sometida a su control político.

Ante este desafío, los europeos podrían, por supuesto, bajar los brazos. Nosotros —y hablo como ciudadana polaca— podemos aceptar que los negociadores estadounidenses dejen que la guerra en Ucrania se prolongue, firmen acuerdos comerciales con Rusia y retrasen una paz que beneficiaría a Europa. Podemos quedarnos de brazos cruzados, mientras los estadounidenses y los rusos no dejan de manifestar su hostilidad y de apoyar agresivamente a los dirigentes políticos antieuropeos. Podemos ceder a las diversas tentaciones, a los sobornos. Podemos dejar que Europa vuelva a ser un continente de naciones en guerra, fácilmente manipulable por potencias externas: Rusia, Estados Unidos y, por supuesto, China.

Podemos dejar que los grandes nombres de Silicon Valley y las empresas tecnológicas chinas decidan lo que los europeos leen y ven mediante algoritmos opacos y manipuladores controlados exclusivamente por ellos. Podemos permitir que Rusia salga victoriosa en Ucrania y, de ese modo, poner en peligro no solo a los países fronterizos con Rusia, sino también a todos los demás. Recuerden: Putin ha declarado que allí donde pisa un soldado ruso, está Rusia. En el pasado, los soldados rusos no solo pisaron Varsovia y Riga, sino también Berlín y Viena. Hoy en día, la guerra híbrida y, con ella, la influencia de Rusia, se extienden hasta el Mar Egeo y el Mediterráneo, hasta África, hasta el Sahel. Por supuesto, podríamos rendirnos y dejar que extienda su dominio sobre el Báltico y el Atlántico.

O podemos optar por otra vía.

Podemos responder, no con bonitas palabras, sino con hechos. Tenemos la oportunidad de trabajar en la creación de tecnologías alternativas colaborando, tal y como ya han comenzado a hacer los franceses y los taiwaneses, para que sean accesibles en Europa, pero también en el resto del mundo democrático. En lugar de obtener nuestra información de plataformas diseñadas para dividirnos y explotarnos, podríamos fundar y financiar nuevas empresas, y cambiar las reglas que las rigen.

La transparencia puede sustituir a la opacidad. Los usuarios de las redes sociales podrían ser dueños de sus propios datos y decidir qué se hace con ellos. Podrían influir directamente en los algoritmos que determinan lo que ven. Los legisladores de las democracias podrían crear los medios técnicos y jurídicos para un mayor control de los ciudadanos sobre los contenidos que consumen, y una responsabilidad más estricta para las empresas cuyos

algoritmos fomentan el terrorismo, el racismo o la pornografía infantil. En el pasado, los científicos han colaborado con empresas del sector agroalimentario para garantizar una mejor higiene, o con compañías petroleras para prevenir daños medioambientales. Los científicos podrían, con fines cívicos similares, trabajar en colaboración con las plataformas para comprender mejor su impacto.

Para lograr todo esto, debemos basarnos en nuestros logros. Europa sigue siendo un oasis de seguridad y estabilidad, y un lugar donde se respeta el Estado de derecho. Contamos con tribunales independientes, que se esfuerzan por no ser meros portavoces de quienes están en el poder. Cumplimos nuestras promesas. Respetamos los compromisos adquiridos. Nuestro continente admira la ciencia, se interesa por la historia, se preocupa por la cultura y aprende de las lecciones del pasado. Debemos aprovechar estas ventajas para convertirnos en un polo de atracción para las inversiones, la innovación y las personas portadoras de nuevas ideas. Nuestra propia previsibilidad es una ventaja en un mundo en el que las potencias se han vuelto impredecibles.

Para aprovechar esta oportunidad, debemos reorientar ciertas políticas y prioridades. Debemos invertir más en las nuevas empresas europeas de tecnología de defensa que están surgiendo actualmente, a veces inspiradas por los increíbles avances tecnológicos de los ucranianos, a veces colaborando directamente con ellos. Debemos invertir en una inteligencia artificial y unas redes sociales europeas, integrando en ellas nuestros valores. Necesitamos que nuestros datos se almacenen a este lado del Atlántico. Necesitamos una unión de los mercados de capitales, para que Europa pueda alcanzar todo su potencial económico. Debemos pensar como la zona económica más poderosa del mundo, que es lo que somos, y actuar en consecuencia.

Deberíamos hacer todo esto para proteger nuestra soberanía, de modo que las decisiones relativas a Europa se tomen en Europa. Antiguamente, la soberanía se medía por el tamaño de sus ejércitos, la extensión de sus fronteras y su poderío industrial. Hoy en día, también debe medirse en términos de redes, plataformas y talento en ingeniería. Si la infraestructura del debate democrático pertenece a otros, la gestionan otros y rinde cuentas ante intereses privados en otros lugares, la independencia es meramente formal.

Quienes utilizan la palabra «soberanía» para referirse al aislacionismo y al proteccionismo cometen un error aún más grave. Hoy en día, una nación puede celebrar sus propias elecciones, tener un sistema jurídico independiente y fronteras rigurosamente controladas, y ver cómo su esfera pública se ve condicionada por sistemas que no puede ni controlar ni comprender.

Por último, deberíamos elaborar una respuesta para contrarrestar los llamados nostálgicos a la civilización occidental, procedentes tanto de políticos e ideólogos estadounidenses como de muchos europeos. Supuestamente, se preocupan por el pasado. Pero, precisamente, hay cosas que debemos mantener en la memoria. Los europeos han construido magníficas catedrales eternas y espléndidas plazas. Pero la civilización europea no es solo un telón

de fondo diseñado para los *influencers* de Instagram. Recordemos también las otras cosas que Europa ha construido. Tras siglos de guerras de religión, dictaduras y genocidios, los europeos finalmente inventaron las ideas que sustentan la democracia liberal.

Las «bóvedas de la Capilla Sixtina» que tanto alaba Marco Rubio no bastan para definir la civilización europea. También están el Estado de derecho, la separación de poderes, la independencia judicial, la libertad de expresión, la igualdad ante la ley y la idea de que los gobiernos deben rendir cuentas ante los ciudadanos. Estos elementos forman parte del legado de Europa tanto como su literatura o su arquitectura. El tesoro cultural de Europa no reside únicamente en sus colecciones museísticas. Es lo que permite a las personas libres leer a Dante de manera diferente, debatir abiertamente sobre Shakespeare, acudir a las iglesias o catedrales de su elección, criticar a sus dirigentes sin temor y cambiar de gobierno sin derramamiento de sangre.

No se puede alabar la civilización europea mientras se ataca el orden jurídico y político que en ella se ha forjado, o se intenta abiertamente socavar las instituciones que protegen el pluralismo y permiten la disidencia. Quien actúe así defiende la forma de esa civilización, pero no su esencia.

Cada día, Estados Unidos se aleja de posibles visitantes, inversores e investigadores. Cada día, Rusia asesina a inocentes en una guerra colonial sangrienta y vana. Y cada día, Europa demuestra que antiguos rivales pueden convivir en paz, al tiempo que trabajan por su prosperidad.

Vivimos un momento de grandes cambios, tan significativo y decisivo como el fin del comunismo en 1989. Pero aún podemos hacer que el cambio juegue a nuestro favor. Los europeos estamos unidos por muchos lazos: por una historia común, con sus aspectos positivos y negativos; por un arte y una cultura comunes; por religiones comunes, así como por una tolerancia religiosa común, una idea inventada en la Europa del siglo XVIII antes de ser exportada a Estados Unidos.

También somos los creadores de ideas repugnantes, propias de la división, que somos capaces de revivir. Pero todos los textos que condujeron al nacimiento del liberalismo clásico también se escribieron aquí. Es posible encontrarlos, hacerlos renacer y adaptarlos al presente. Esconden viejas ideas que, a su vez, pueden volver a interpretarse. No estamos condenados al mundo brutal de Carl Schmitt o de Lenin, donde la fuerza impone la ley. Podemos elegir otra cosa. Y creo que lo haremos.

Este texto es la traducción del discurso pronunciado por Anne Applebaum en la Judenplatz de Viena el 9 de mayo de 2026, con motivo de la conferencia sobre Europa que organizan cada año la Fundación ERSTE, las Wiener Festwochen y el Instituto de Ciencias Humanas de Viena (IWM).

(*) Aitor Hernández-Morales, «[Zuckerberg urges Trump to stop the EU from fining US tech companies](#)», *Político*, 11 de enero de 2025.

